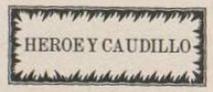
HEROE Y CAUDILLO



CAPITULO XI

Estadistas y Politicos Ilustres.—Responsabilidad de los Grandes Hombres.—Diaz Sale de Tehuantepec. —La Obra del Gobernador.—Progresos Militarescos.—Lo que ya Despuntaba en Diaz.—Sus Enconos.—La Cumbre de San Lorenzo.—Hechos de Armas.—Derrota a su Vencedor.—Reminiscencias.—Ante Oajaca.—Valor y Arrojo.—Toma de la Plaza.—Fuga de Cobos.—Salinas y Diaz. —La Leyenda y los Grandes Hombres.—Honores y Distinciones.—La Fama de Diaz.—Rumbo a Tehuacan.—El Ejercito del Norte.—Calpulalpam.—Los Traidores.

No entraba dentro del campo de esta ojeada retrospectiva al través de las tenebrosidades del período de formación, esto es, al través del primer lapso de laboriosa gestación de nuestra HISTORIA MEJICANA, (*) estudiar detalladamente los acontecimientos, ni observar de cerca á todos los corifeos, de ambos partidos, que se hicieron dignos de excepcional alabanza ó vituperio, durante la Guerra de Reforma y los años de preparación que la antecedieron. Apenas hemos citado, si acaso, al ilustre Fray Servando Teresa de Mier, á Gómez Farías, Juan Bautista Morales, J. A. de

Carecemos de Historia Antigua y Media: no *queremos* ser españoles, ni *podemos* ser aztecas ó chichimecas. Los aztecas tienen el mismo pecado que los hispanos: ambos fueron conquistadores aventureros.

la Fuente, Munguía, Alamán, Cárlos M. Bustamante, Luis de la Rosa, Mata, Prieto, Iglesias, Ruiz, Múzquiz, Aguilar y Marocho, Zarco, Guzmán, Cumplido, los Lerdo de Tejada, Arriaga, Ocampo..... ¡Cuántos hombres de valer, hombres extraordinarios, en circunstancias tan calamitosas! Largo sería citar, siquiera los más prominentes estadistas que descollaron en toda la República; en tanto que, en procesión diabólica, se sucedían los más escandalosos é irritantes desórdenes políticos: ¡así las garzas de níveo plumaje, en las costas del Pacífico, se levantan y revolotean sobre las tempestades, cirniéndose sobre nubarrones preñados de llamas y de rayos! Pero estos titanes de la idea, muy lejos estaban de ser inocentes, extraños á los acontecimientos. El proloquio latino lo dice: "MENS AGITAT MOLEM:" el espíritu, la inteligencia mueve la materia. Los intelectos superiores nunca son del todo irresponsables en las grandes transformaciones políticas: su simple coexistencia, implica conspiración ó complicidad. Se es filósofo como Cornuto, ó apóstol como San Pablo. Para descansar de Nerón y de Agripina, el ex-estoico, pero aún admirable y delicado Séneca, murmuraba al oído de la hermosa Julia, sobrina del César, filosofía revolucionaria—vertiendo pensamientos divinos, sobre una cabellera rubia, perfumada de nardo..... Roma caía á la esclavitud; pero Méjico aleteaba entonces por salir de ella. Roma bajaba por una escalera tapizada de púrpura; en tanto que Méjico ascendía por un camino estrecho, cubierto de obstáculos, sembrado de abismos.

Reclama ahora nuestra atención el protagonista de esta obra.

Ya hemos visto su carrera meteórica en Tehuantepec, y le dejamos á raiz de haber sellado con brillante triunfo su segunda rebeldía. La acción de Tehuantepec, contra Manzano, á que en otra parte hicimos referencia, (25 de Noviembre de 1859), le valió el grado de Coronel de Guardia Nacional, con la antigüedad de esta fecha; y lo que es más de estimarse, á nadie causó sorpresa este nuevo ascenso con que se premiaban su actividad, valor, energía y pericia excepcionales. Sin economizar esfuerzos, repuso las

pérdidas habidas en los encuentros y refriegas recientes, organizó nuevas compañías, dando preferencia al contingente de voluntarios juchitecos—bravos y leales á toda prueba. Aprovechó también los reemplazos proporcionados por el vecino Estado de Chiapas, y con un efectivo de 500 hombres marchó rumbo al nordeste.

Después de dos años, aproximadamente, de gobierno *civil* y militar en Tehuantepec, Díaz volvía al teatro de sus primeras hazañas, rebosando sueños y esperanzas. Su brigada, á decir verdad, no era de lo más brillante, pues que la mayor parte de las compañías contaban con gran número de reclutas, sin instrucción militar, y muchos de ellos, señaladamente los reemplazos precitados, sin conocer más que á medias el idioma castellano. En cuanto al pie veterano, componíase del remanente de ixtlecos y de los valientes soldados de Juchitán, que tan buenos servicios llevaban ya prestados á la causa.—Todo esto iba á perderse bien pronto.

Mientras lo referido *(Cap. VII, Lib. II)* acontecía en el Istmo, en el resto del Estado la causa liberal había perdido terreno. A consecuencia de la derrota del Gral. Mejía, en Teotitlán del Camino, el Gobierno se vió obligado á replegarse á la Sierra de Ixtlán, comandando las fuerzas del Estado, como segundo en Jefe, el modesto, aguerrido y audaz Coronel Cristóbal Salinas.

Poco después, tras fatigosa marcha, el ex-Comandante Militar de Tehuantepec trasponía la cumbre de San Lorenzo, á unos cuantos kilómetros de la capital de Oajaca—ocupada á la sazón por las fuerzas de Cobos. Pero antes de hacer referencia á lo que allí sucedió, abramos un parentesis para preguntarnos: ¿fué tan meritoriosa, en el Itsmo, la obra del Gobernador, como la del soldado?—Fácil nos sería contestar desde luego afirmativamente, si seguir debiéramos en este punto, como lo hicimos en otros, el parecer de sus biógrafos; y nó solamente de los actuales (en quienes la adulación más rastrera, la frase más encomiástica y empalagosa, se explican como frutos del tiempo), sino también el de los que precedieron al triunfo de sus

dos revoluciones. Sin embargo, es falso que ya para entonces tuviera el Gobernador y Comandante Militar de Tehuantepec, bastante desarrolladas las circunvoluciones frontales ó anteriores, que, según Lacassagne, coinciden con el desenvolvimiento de las actividades á que el "progreso, en sus manifestaciones diversas" corresponde en la topografía del cerebro. La inducción—complaciente y todo—nos obliga á creer, que, en la "evolución moral de las sociedades," el Sr. Díaz—el soldado valiente, activo, rebelde, enérgico, ambicioso, incansable, de Tehuantepec—quedaba mejor clasificado, atenta la fisiología de su cerebro, en las *capas occipitales* ó *posteriores*, acerca de las cuales dice lo siguiente el autor antes citado: "el código penal se ha hecho especialmente para las *capas occipitales*." Aunque no está por demás añadir, por vía de correctivo á lo asentado por el fisiólogo francés, que *a esas capas* pertenecieron, nó solamente Ciro, Temístocles y Alejandro—con una legión incontable de ilustres aventureros—sino, en más extenso horizonte, la energía, la vitalidad, los impulsos generosos, las empresas más altas, los actos de más brillo; en una sola frase: ¡la juventud del mundo! No iba, pues, en compañía despreciable, el militar-astro, que muy pronto observaremos radiante en las cumbres de Acultzingo.

Nó; el Comandante Militar nada hizo en Tehuantepec, digno de que se estime como "dato psicológico." Es verdad que antes nos referimos especialmente á biografías de periódico, inspiradas en la pasión política y pergeñadas con desproporción lamentable entre ideas y palabras. No negamos, á buen seguro, que haya contribuido á la apertura de alguna escuela; ó que sembrar hiciera de rosales algún jardincillo, ó "zócalo," de villorrio; ni de que dispusiera serenatas en las plazas públicas; ó que en un "exceso progresista," llegase hasta patrocinar corridas de toros á beneficio de "mejoras materiales." De este "*tipo progresista*," han sido casi siempre nuestros gobernantes militares, y por lo tanto, nada aventurado sería creer, que el Sr. Díaz también apadrinó toreos, abrió alguna escuela y plantó de rosales tal ó cual jardín, plaza, ó *zocalo*; pero ridículo es aseverar, (como lo hacen sus admiradores *a outrance*) que, á más de ser progresivo, se convirtió en sacerdote de la ley, reorganizando los tribunales y perfeccionando la administración de justicia en el Departamento de Tehuantepec.—"Como usted ya lo presumía, (*) tanto la administración de justicia como las mejoras materiales estaban muy desatendidas, pues ni quien se ocupara de eso. El comandante y gobernador se ocupaba nada más de cuestiones de la carrera y de su encargo; y como lo habían dejado abandonado sin fondos pues nunca se los mandaban, los sacaba igualmente de amigos y enemigos. Nadie se los negaba pues *ya para entonces* tenía fama de enconarse mucho con los que le daban algo que sentir" (†)..... Ese fragmento de una carta que conservamos original, (y que por razones obvias no calzamos con la firma de su autor), da una idea bien clara, determinante, de la fisonomía moral del Díaz de 1858-59. No se hace mención de "préstamos forzosos," sino de que "nadie se los negaba." "Abandonado del gobierno," no por eso desmayaba; y si bien descuidó del todo minucias tales como la recta administración de justicia, y las "mejoras materiales," en cambio no descuidaba las "cuestiones de la carrera." Por otra parte, no era para andarse muy á la ligecon el Señor Gobernador, pues que "ya para entonces tenía fama de enconarse mucho," con los que la necedad cometían de poner obstáculos á la realización plena y pacífica de su voluntad dominante.

Algo más se nos dice en la carta precitada; y aun se nos determinan casos concretos que ponen de manifiesto, que, "ya para entonces," los "enconos" del Sr. Díaz solían codearse frecuentemente con la tragedia; mas, nos guardaremos de darlos á la estampa. Mejor táchense nuestros

El autor de esta carta, ex-residente de Tehuántepec, al proporcionarnos lo que dejamos transcrito, añade: "ya sabe Vd. que ahora no se puede hablar ni de lo que se ha visto."---Nosotros nos permitimos cambiar esa última frase por esta otra: "*mucho menos* de lo que se ha visto."

---En esta ocasión, como en otras, respetamos la redacción, ó forma literaria, de cuantos, con patriotismo y desinterés laudables, alivianaron nuestras tareas proporcionándonos valiosos datos. ¡Ojalá no fuese en su perjuicio estampar sus nombres en estas páginas, con el testimonio sincero de nuestra gratitud!"

escritos de incompletos, que de haber sido profanados con el lodo de la difamación irreflexiva. Por desgracia, la historia militar y civil de Díaz no necesita colorearse con dudosas páginas de holocaustos sangrientos.

Volvamos ahora á las Cumbres de San Lorenzo, que al frente de su pequeña brigada iba ya á trasponer el Coronel Díaz.

En el valle—en el VALLE DE MITLA—el enemigo, apercibido á tiempo, impaciente le esperaba—y bien preparado para recibirle con todos los honores de la guerra. En la Memoria del Estado de Oajaca, correspondiente á 1861, se dice que el encuentro "*no se mostro muy favorable*" para el reciente Coronel Díaz; como que se vió nó solamente batido con furia, sino también "abandonado por el grueso de su brigada;" á resultas de lo cual, se vió "sin los elementos de guerra *que se perdieron*," y sin el "grueso de su brigada." Y sin esos "elementos de guerra," "se internó en la sierra *con sus tropas*"—ó como quiera llamarse á lo que le quedó al Coronel después de la refriega.—Pues bien, si es verdad que nadie fué á decir al Sr. Díaz, (cuando se "internó en la Sierra"), que *habia ganado*, como le aconteció en lo del *Aguaje;* en cambio, la Memoria precitada afirma que "la batalla" "no se decidió por ninguno de los puntos combatientes." ¡Cuán pronto comenzaba á ponerse la historia, al servicio del militar de fortuna! ¡Y pensar que ese párrafo absurdo ha sido citado, en serio, por escritores que también de serios presumen!

Esta derrota debió haber afectado mucho el puntillo militar y amor propio del Coronel de Guardia Nacional, pues que era la primera de importancia que había sufrido durante su corta pero brillante carrera. Así es que, á los pocos pasos, le encontramos batiendo á Marcelino Cobos (el mismo que en Mitla le derrotó), en el FORTIN DE LA SOLEDAD, y derrotándolo en turno antes que un mes hubiese transcurrido desde su propio descalabro.—Vinieron en seguida dos combates, en que el guerrillero dió buenas muestras de lo que había puesto en práctica para triun far siempre, guerreando contra los patricios; es á saber,

arrojo, furia y seguridad en el éxito del combate; lo que también se llama: "no contar el número de los adversarios." Por orden del Coronel en jefe de la columna, Cristóbal Salinas, marcha al frente de 300 hombres rumbo á la sierra de Tuxtepec, donde se tuvo noticia que se hallaba el enemigo. Llega á punto en que el General Anastasio Trejo, que había atacado la villa con setecientos hombres, se llevaba la palma. En brioso ataque envuelve al enemigo, le obliga á replegarse hacia el oriente de la población, ya desconcertado; logra introducir en sus filas el desorden, merced á lo violento del empuje; y, auxiliado oportunamente por los lugareños que volvían al combate tras de haber abandonado el campo, consumó la derrota completa de Trejo; el cual, sin aventurar esfuerzo para reorganizar su tropa—que desmoralizada se entregaba al enemigo ó bien huía en confusión y diseminándose en todas direcciones—procuró ponerse á salvo, escoltado por algunos soldados y oficiales que le siguieron hasta Oajaca.

El segundo hecho de armas referido, fué el que se verificó en la capital del Estado, el 15 de Agosto de 1860.

Militando bajo las órdenes del Coronel Salinas, Don Porfirio había desplegado su genial bravura, acostumbrada rapidez de movimientos y vigilancia nimia, que hacían recordar los mejores años del Coronel Santa Anna; cuando, joven aún, repleta el alma de nobles ejemplos y su mente de enseñanzas liberales, habíanse en ellas incubado y desenvuelto paralelamente, la costumbre de la lucha y el amor á las instituciones democráticas—las cuales se presentában á su imaginación con el ropaje atractivo de la novedad. —Cuéntase que una tarde (1823-27) Santa Anna ocurrió accidentalmente á un corrillo, que entre seis y siete solían formar en una de las alacenas que se hallaba en el Portal de Mercaderes, contigua á lo que después fué Café del Cazador, varios personajes ilustres de principios del pasado siglo. Allí Don Servando, (el P. Mier), daba rienda suelta á su verbosidad salada y diserta; Don Francisco de Arrillaga, discutía sobre finanzas y temas sacados de la Revolución Francesa; en tanto que Gómez Farías se con-

tentaba con oír y gesticular, contrastando su actitud con la indiferente de D. Miguel Dominguez. (*) Santa Anna, glorificado con el triunfo del Plan de Casa Mata, no anduvo reacio en expresar su opinión sobre las más arduas cuestiones de política militante, mostrándose abogado entusiasta y doctrinado de la república federalista.—En tanto que el ensoberbecido y joven Brigadier se escuchaba á sí mismo con deleite, bien convencido de que estaba causando sensación profunda en su aditorio, el ilustre Padre Mier guardó silencio; pero tan luego como se retiró, apostrofó así á Gómez Farías, mitad en serio, mitad burlando: "Cuando le dé otra lección para que se aprenda de memoria, enséñele que "*democracia*" y "*demagogia*," aunque suenen casi lo mismo, no son una misma cosa." (†) Lo cual prueba lo descaminado que iba, respecto á lo que sería andando el tiempo el militar apasionado de la república federalista, uno de los ingenios más perspicaces de su época. Pues cosa es bien sabida, que en la misma culta Europa Fray Servando Teresa de Mier, mereció las alabanzas de Chateaubriand, Volney y Humbodlt; haciendo punto omiso de los encomios que se prodigaron á su elocuencia y sabiduría, por otros muchos prominentes ingenios. La PROFESIA DEL P. MIER, durará tanto como la misma Historia Mejicana, perdurando uno de nuestros más grandes desaciertos, que origen fué de innúmeras calamidades.

Omitimos los nombres de personas menos prominentes y que pasaron sin dejar huella profunda en nuestra historia, tales como D. Nicolás del Moral---de igual nombre, quizás el mismo, que en Abril de 1821 se pronunció en el Saltillo por el Plan de Iguala.---Se nos dice que actualmente residen en la Capital de la República, varios desendientes de este personaje histórico, olvidado casi por completo de cuantos han escrito la historia general de Méjico. Hasta en Coahuila y Nuevo León su fama no traspasa el reservado de los eruditos.

---Escuchamos narrar esta anécdota al ilnstre Doctor Don José Eleuterio González quien la ponía en boca del Doctor Don Manuel Peredo. El sabio bibliógrafo Don José M. de Agreda, cuando éramos empleados ambos de la Biblioteca Nacional de Méjico, nos la confirmó en casi todos sus detalles. Con todo, no consta en la "APOLOGIA DEL P. MIER que en Monterrey publicó el Dr. González, acompañada de ampliaciones eruditas é interesantes. Tampoco hemos tenido oportunidad de consultar este punto con el Dr. Juan de Dios Treviño ó Lic. Hermenegildo Dávila, que son, sin duda, quienes mayor caudal intelectual heredaron del gran filántropo y sapientísimo fundador de la "ESCUELA DE MEDICINA" de Monterrey---suprimida por un úkase del General de División Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León y segundo jefe del partido militarista en la República

El Coronel Salinas, y el de igual grado Porfirio Díaz, que militaba bajo su mando preparábanse á asaltar la plaza de Oajaca. El centro de operaciones, esto es, de reclutamiento, instrucción militar y aprovisionamiento de pertrechos de guerra, encontrábase á dos jornadas escasas de la capital, la cual se hallaba guarnecida por las tropas de Cobos, en número de 2,000 hombres de las tres armas. La columna liberal constaba de 700 plazas, con dos obuses de montaña y sin una sola pieza de batalla. La aproximación á la ciudad se verificó en jornadas cortas y tomando toda clase de precauciones para no ser sorprendidos. El 3 de Agosto los liberales se hallaban á ocho millas de Oajaca, ocupando las haciendas de Dolores y San Luis, y cuantos puntos estratégicos fué posible cubrir con tan escaso efectivo. El cabecilla reaccionario no esperó el asalto, sino que, anticipándolo, formó sus tropas en batalla frente á los liberales, ofreciendo una extensa línea con sus 2,000 hombres y situando su respetable artillería—6 pies de montaña y seis de batalla—en puntos convenientes. Los liberales de Salinas fueron los primeros en romper el fuego, y á los pocos minutos se generalizó el combate. Notando el Coronel mencionado, que el fuego de la artillería enemiga se rectificaba, causando considerables bajas en sus filas, tomó providencias para capturarla; pero nó buscando cooperación en la artillería propia, sino ordenando una carga directa de caballería, al descubierto y casi sin protección alguna, sobre el centro y lugares artillados. Táctica primitiva, si se quiere, pero muy *revolucionaria*. La artillería fué atacada con tal ímpetu y denuedo, que casi se logró el objeto; esto es, á punto estuvo de ser capturada, viéndose obligado el enemigo á retromoverla á toda prisa á los resguardos de la ciudad. Desde este momento, el ataque fué aún más brusco, *rabioso*, puede decirse. Tanto la brigada de Salinas como la de Díaz, ceñían al enemigo de cerca, constriñéndolo á retroceder más y más hacia la población. Y á la retirada, sólo precedieron el desorden y el pánico algunos minutos. La toma de la ciudad no ofreció serios obstáculos, y á tiempo que Salinas cubría la parte

norte, limpiándola de enemigos, el Coronel Diaz se adueñaba del Palacio de Gobierno, habiendo tomado posesión sus tropas de la Plaza de Armas. Casi ya sin combatir, las fuerzas conservadoras restantes, que pudieron replegarse en grupos, se amurallaron en los cuarteles del Carmen y Santo Domingo, que solo se hallaban separados por una calle, é hicieron allí una resistencia heroica. Mas, comprendiendo Cobos lo inútil de tal resistencia y que en breve se hallaría completamente rodeado, abrió las tapias del convento de Santo Domingo y á la media noche se evadió sin ser molestado, con las tropas qne le quedaban, y se internó en la Sierra.

Poco después fué alcanzado y derrotado por el Coronel Felix Díaz, que le perseguía camino á Tehuacán, en el punto denominado LAS SEDAS.

En el asalto y toma de Oajaca recibió otra herida (en una pierna) Don Porfirio; y esta, ligera y todo, le fué casi tan propicia—en más baja escala—como á Santa Anna el cañonazo del Muelle de Veracruz—que le hizo cojo y célebre.

Desde este momento le llueven honores. Su nombre suena más alto que el mismo del Coronel en jefe Cristóbal Salinas; y quizás por primera vez en nuestra historia revolucionaria se da el caso, de que un subalterno recoja, sin méritos especiales—por mero *instinto* ó simpatía—todos los loores del triunfo. Los biógrafos del Sr. Díaz, con unanimidad plausible, casi hacen caso omiso del Coronel Salinas (á cuyas órdenes militaba Don Porfirio), para economizar todos los elogios y brindárselos á éste. La adulación suele tener un olfato tan delicado, al menos, como el de los perros de presa.

En recompensa á su participación efectiva en el hecho de armas narrado á la ligera, Díaz fué nombrado Jefe de la Plaza, y á vuelta de pocas fojas recibió del Presidente Juárez, el nombramiento de Coronel del Ejército Permanente.

Ya para esta época no se pensaba en que un militar de aptitudes tan sorprendentes—ó al menos relevantes—como las que adornaban al héroe del Itsmo, debiera perder el tiempo gastando sus actividades en una guerra menuda. Ya era cosa sabida, que quien ni en el AGUAJE, ni en MITLA pudo perder—sino que meramente se retiró con premura del campo y descuidando llevarse consigo hombres y armas—era punto menos que invencible. Díaz, á semejanza de Santa Anna en sus aventuras de guerrillero, principiaba á formar leyenda.—Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿hubiera habido en el mundo un solo héroe sin leyenda? ¿Qué hubiera sido, sin ella, de Ciro, Alejandro, Cesar y Bonaparte? ¿Deberemos censurar que la imaginación compasiva suavice un tanto los trazos toscos del guerrero de fortuna? Imaginaos á Cesar, no pasando el Rubicón ó diciendo aquello de "*Cesarem veis*," sino al soldadón crapuloso que nos describe Catulo, derrochando "todos los tesoros de la Galia Transalpina con el impúdico Mamurra," y ¿qué queda? Suponeos á Alejandro, no unciendo reyes á su carro triunfal, ó estudiando la anatomía del caballo con Aristótoles, sino ebrio consuetudinario y constantemente enfermo por sus desórdenes, y ¿dónde está el encanto? No penseis en Napoleón midiendo su rechoncha estatura con la de las pirámides egipcias, ni cegando, como trigo maduro, las hirsutas cabezas de los feroces mamelucos, sino al *hombre* de Santa Elena, ya bien entrado en años, enfermizo, deteriorado, y haciéndole el amor á la hija del guarda-bosque, (deliciosa chiquilla de quince años), y ¿qué resta de él? ¿Qué fué del épico guerrero de Wagram y Jena, en titánica lucha contra la Europa entera coaligada?—La leyenda, para los grandes hombres, es como la tela vaporosa que idealiza las perfecciones femeniles. La imaginación es siempre generosa, y otorga más de lo que encuentra la mera observación desapasionada y fría del anatómico ó del historiador filósofo.

Se pensó, después de la toma de Oajaca, en cambiar el campo de operaciones del Coronel Díaz; y si no se pensó deliberadamente en ello—á tiempo de nombrarle Mayor de Ordenes de la Brigada del General Salinas—es innegable que ya para aquella época su reputación guerrera traspasando los linderos de la tierra natal, había princi-

piado á nacionalizarse. En el Ministerio de Juárez, todos, sin excepción, le apreciaban singularmente. Unido á su nombre, iba cierto dejo exótico, que es en los hombres predestinados lo que el perfume acre de la flor salvaje: aunque esta procure ocultarse tras las rocas ó entre el césped, con su olor denuncia donde se halla. Los hombres como Díaz y Santa Anna, no están ocultos nunca, ni en ninguna parte. Se les aprecia, se les desprecia, se les odia, se les teme; se les censura ó admira, de continuo ó alternativamente; pero jamás pueden sernos indiferentes. El secreto de sus éxitos, estriba en estar siempre en acecho de las ocasiones favorables; y, sobre todo, en *verlas venir* y atraparlas con pulso firme y brazo de hierro.

Nó, no es solamente "audacia, audacia y más audacia," como creía Dantón, lo indispensable para sacarse la palma en política; más que tener audacia, precisa poseer el secreto de *saber disimularla*. La flor campestre, á que antes aludimos, se huele, se siente; pero pasamos á su lado sin preocuparnos por ella: por eso medra robusta y muere en su tallo, y nó en el busto inquieto de núbil doncella.

Díaz iba llegando al centro de la República, como atraído por fuerza superior. Iba con Salinas. Después se reunió con el defensor de Monterrey (durante la Invasión Americana), D. Pedro Ampudia, y formando parte de la división de éste, llegó hasta el Estado de Puebla.

A la sazón, en el fondo sombrío de aquel momento histórico, íbanse delineando acontecimientos memorables.

Miramón había terminado, favorablemente para él, sus reyertas con Zuloaga. A la luz de sus principios, él era el Presidente de la República. Y no se creía un ápice menos legal, ni con peores derechos para ocupar el puesto, que el Apóstol de la Reforma. Con esta fe, *y exito*, la moral política de las naciones hace del norte sur, y viceversa. Pero, ni el genio, ni el carácter, ni la moral política de Miramón se avenían con las triquiñuelas y delicadezas de la "máquina administrativa." Las palabras "PODER," "PODERES," ningún sentido tenían para él: le sonaban, nada más, como una "frase bien principiada" pero incompleta; es á

saber: "*poder*..... (completándola), disponerlo todo á su antojo, conforme á sus necesidades ó capricho, y sin cortapisa alguna." Hubiera hecho un soberbio bandolero feudal, de *asalto* y *cuchillo;* un M. de Vlaye, como el de la "*Abadesa*" de Weyman.

Miramón había dejado la Capital, disgustado por los reveses que habían experimentado las fuerzas conservadoras, en varios Estados del Interior. Llega á Toluca y sorprende la división del General Berriozábal, que allí se encontraba en observación del enemigo. Retrocede en seguida y se dirige hacia el nordeste, al frente de 8,000 hombres de las tres armas y 30 piezas de artillería.

Bajaba, entretanto, del Norte, un numeroso ejército, al mando del ilustre General fronterizo D. Jesús González Ortega, formado por más de 11,000 soldados de las tres armas. Su artillería constaba de 44 piezas.

El General Ampudia debería reunírseles con su brigada en algún punto á inmediaciones de Tehuacán, y con tal motivo se internaba por el Estado de Puebla, en tanto que el Ejército del Norte llegaba al Distrito de Pachuca. Sale Miramón á su encuentro, permitiendo á las tropas de Ampudia coparle por la retaguardia, y ocupar fortuitamente una posición tan ventajosa como estratégica. El choque de las fuerzas de Miramón con las del Caudillo del norte, efectuóse en San Miguel Calpulálpam. Fueron suficientes dos horas, para que la victoria derramara sus coronas de laurel sobre las armas liberales. No fué aquello una derrota, fué una batida en toda forma; no se perdió una batalla, se perdió una causa; no era la humillación de la destrucción completo por un ejército aguerrido; era la significación de una victoria que iba á transformar una causa. Del ensangrentado campo de Calpulálpam se levantó un alarido que penetraría por todos los resquicios de la Historia Mejicana. Era la decepción, la desesperación, la ira implacable de la hiena herida y moribunda, la que lo lanzaba. Se erguía, sin embargo; vivía aún, y sus estertores—sus estertores agónicos—serían terribles. En el catálogo de las iniquidades, faltaban páginas todavía que repasar. La Re-

forma triunfaba en Calpulálpam, la Reacción Conservadora perecía en Calpulálpan; pero allí, de aquellas arenas calcinadas y humeantes, iba á levantarse una furia, de allí iba á levantarse la *Deshonra*—llámese PARTIDO, si se quiere—de allí iban á salir los TRAIDORES A LA PATRIA.—¡Traidores que años y años después, perdonaría y elevaría á prominentes puestos un Dictador de la República!.....

Don Porfirio Díaz, como antes asentamos, formaba parte de la división del General Ampudia, la cual no llegó á tiempo más que para hacer numerosos prisioneros, entre los que, derrotados en Calpulálpam, se dirigían hacia la Capital á la desbandada.

Casi no se comprende cómo la fortuna, mimosa y enamorada del apuesto y valiente jefe oajaqueño, le había esquivado esa ocasión tan propicia para ilustrar de una vez su nombre en una batalla de histórica trascendencia. Pero tuvo por fuerza que contentarse con las mihajas del opíparo banquete. Los buitres se adueñaron de los cadáveres, y él de los dispersos. Pero, andando el tiempo, ya se calmaría su sed de emociones rojas; aunque nó como la cabeza de Ciro, en manos de la cruel Tomyres—según lo narra Herodoto en el Libro I (§ CCXIV) de su Historia—sino en famosos combates y fastuosas hecatombes.

Había divisado ya la tierra prometida.—*¡La Capital de Mejico!* tierra clásica de la grandeza nahoa, cuna de Emperadores, asiento de los Virreyes, emporio de luz, fermento de ambiciones nobles y ruines; teatro brillante, lleno de luz, de aurora y matices, donde la discordia, el dolo y la conspiración ocultábanse entre el bullicio y algazara de esperanzas nacientes. Todo eso estaba allí, tras los volcanes, más allá de los lagos, casi reclinándose en una colina de añosos árboles y bañando los pies en las cristalinas aguas del Texcoco. ¡Actitud soñadora é indolente!—¡Ah, cuántas potencias, como tú, sólo despertaron de la embriaguez de un falso brillo, para encontrarse violadas; y lo que creyeron sueño reparador, ó ensueño erótico, tornóse bien pronto en horrible pesadilla, en realidad aun más desesperante!—*Ella* le recibiría un día, HEROE é inmaculado, al sacudir

un yugo impuesto por la traición de sus propios hijos; y otra vez le recibiría, CAUDILLO vencedor, como las meretrices que desnudas ofrecíanse á los conquistadores antiguos en las puertas de las ciudades, que sus guerreros habían abandonado desertando los muros y máquinas de guerra. —Primero la traición, luego la cobardía; primero Márquez, luego Lerdo de Tejada.

Entretanto, como á Temístocles las victorias de Milciades, no dejaban de perturbarle el sueño las victorias de González Ortega y otros caudillos de la Reforma, que aún le distanciaban con mucho en la carrera de los grandes méritos y de los grandes honores.